



De Cádiz a Panamá: La Renovación en el Espacio Iberoamericano

Adrián Bonilla
Isabel Álvarez
(Editores)



FLACSO Secretaría General

Adrián Bonilla Soria, Secretario General FLACSO

Editores:

Adrián Bonilla Soria

Isabel Alvarez Echandi

337.1

C124c De Cádiz a Panamá : la renovación en el espacio Iberoamericano /
Adrián Bonilla Soria, edit.; Isabel Álvarez Echandi, edit. – 1ª. ed. –
San José, C.R. : FLACSO, 2013.

190 p. ; 21 x 15 cm.

ISBN 978-9977-68-267-9

1.Regionalismo – Cádiz (España). 2. Regionalismo – Panamá.
3.Integración económica. 4. Cooperación internacional. I. Bonilla
Soria, Adrián, edit. II. Álvarez Echandi, Isabel, edit. III.Título

Créditos

Transcripción, corrección filológica y de estilo:

Isabel Álvarez Echandi y María Fernanda Morales

Impreso en San José, Costa Rica

por Perspectiva Digital S.A.

Febrero 2014

Las opiniones que se presentan en este trabajo, así como los análisis e interpretaciones que en él contienen, son responsabilidad exclusiva de sus autores y no reflejan necesariamente los puntos de vista de FLACSO ni de las instituciones a las cuales se encuentran vinculados.

ÍNDICE

“DE CÁDIZ A PANAMÁ: LA RENOVACIÓN EN EL ESPACIO IBEROAMERICANO”

PRESENTACIÓN

Adrián Bonilla.....5

INTRODUCCIÓN

De Cádiz a Panamá: Un recuento de los principales cambios en el Sistema Internacional y perspectivas a futuro para Iberoamérica
Enrique V. Iglesias7

I. LAS RELACIONES DEL ESPACIO IBEROAMERICANO Y LOS NUEVOS REGIONALISMOS LATINOAMERICANOS

Las exigencias del sinceramiento: Algunas notas sobre el nuevo desafío internacional para los regionalismos latinoamericanos
Gerardo Caetano15

Los nuevos regionalismos y el espacio iberoamericano:
¿Espacios para una mayor complementariedad?
Paz Milet.....39

Las relaciones intralatinoamericanas, las nuevas realidades de la integración regional y el surgimiento de la Alianza del Pacífico
Carlos Malamud45

Panorama de la integración regional en América Latina y el Caribe:
Un análisis a largo plazo
Gerardo Noto67

II. LAS RELACIONES UNIÓN EUROPEA Y AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE EN TIEMPOS DE CRISIS Y LA RENOVACIÓN DE LA COOPERACIÓN IBEROAMERICANA

América Latina y Unión Europea:
Relaciones asimétricas e irreconciliables
Alfredo Serrano75

Las relaciones Unión Europea y América Latina y El Caribe
y la búsqueda de la renovación de la Cooperación
Isabel Álvarez Echandi99

La identidad iberoamericana: Una idea en construcción
Alejandra Liriano117

III. IBEROAMÉRICA EN EL MUNDO: EL FUTURO Y LA NUEVA AGENDA DEL ESPACIO IBEROAMERICANO

Las estrategias de inserción internacional en el espacio iberoamericano
Adrián Bonilla127

Los retos de la agenda iberoamericana
Francisco Rojas133

Iberoamérica como unidad: escenarios para su integración como un bloque definido
Sussane Gratius143

IV. REFLEXIONES EN TORNO A LA RENOVACIÓN DEL ESPACIO IBEROAMERICANO

El camino hacia una comunidad iberoamericana
Pablo Gómez de Olea.....153

Nuevas perspectivas de las relaciones iberoamericanas
Mayra Arosemena159

V. CONCLUSIONES

Enrique V. Iglesias161

ANEXOS

1. Declaración de Panamá176
2. Declaración de Cádiz179

RELACIÓN DE AUTORES187

LAS RELACIONES INTRALATINOAMERICANAS, LAS NUEVAS REALIDADES DE LA INTEGRACIÓN REGIONAL Y EL SURGIMIENTO DE LA ALIANZA DEL PACÍFICO

Carlos Malamud¹⁹

El surgimiento de la Alianza del Pacífico, integrada por Chile, Colombia, México y Perú, con Costa Rica y Panamá como países candidatos a incorporarse al bloque, tendrá, en la medida que continúe su proceso de consolidación, un fuerte impacto; sobre todo el proceso de integración regional en América Latina. Las expectativas levantadas por el nuevo esquema de integración han sido importantes, como demuestra su amplio poder de convocatoria, plasmado en los 20 países que, desde su nacimiento, se han vinculado como observadores²⁰ y del considerable interés internacional suscitado.

Uno de los principales aportes de la Alianza a la integración regional es su revalorización del comercio internacional y la economía. Al respecto, se da la circunstancia de que a lo largo de la última década se habían ido abandonando estas premisas para insistir en el mayor valor de la concertación política. Esta dinámica comenzó fundamentalmente con el rechazo del ALBA (Alternativa Bolivariana de las Américas) al ALCA (Área de Libre Comercio de las Américas) y a los Tratados de Libre Comercio (TLC) firmados dentro del hemisferio americano.

Asimismo, la Alianza ha nacido con el ánimo de vincularse al mundo globalizado, especialmente, al Asia-Pacífico. A esto se agrega un hecho importante y es que la presencia de México en su seno rompe por la vía de los hechos la disyuntiva planteada en torno a si el sujeto de la integración regional debería ser América del Sur o América Lati-

19 Catedrático de Historia de América en la UNED (Universidad Nacional de Educación a Distancia) e Investigador Principal de América Latina del Real Instituto Elcano. Este trabajo es tributario de un buen número de publicaciones previas del autor sobre la integración regional latinoamericana, algunas de las cuales se mencionan en la Bibliografía.

20 Durante la VIII Reunión de ministros de Relaciones Exteriores y Comercio Exterior, realizada el 29 y 30 de junio de 2013 en Villa de Leyva, Colombia, se aceptaron las solicitudes de Corea del Sur, Estados Unidos, la República Popular China y Turquía para vincularse como observadores a la Alianza del Pacífico. Estos cuatro países se unen a los 16 observadores ya existentes (sumando un total de 20) que son Costa Rica, Ecuador, El Salvador, Guatemala, Honduras, Panamá, Paraguay, República Dominicana y Uruguay, de América Latina; más Australia, Canadá, España, Francia, Japón, Nueva Zelanda y Portugal.

na en su conjunto. Desde esta perspectiva, la sola emergencia de la Alianza supone un desafío para el proyecto suramericano de Brasil en torno a Unasur (Unión de Naciones Suramericanas).

Todos los países miembros de la Alianza, al igual que los observadores candidatos, tienen firmados TLC con Estados Unidos y, en lo que atañe a la relación birregional entre la Unión Europea (UE) y América Latina, han cerrado con la UE tratados de asociación o tratados multipartes²¹. No sólo eso, mientras cada gobierno de la Alianza puede negociar libremente cuantos acuerdos comerciales estimen oportuno, los países de Mercosur no pueden hacerlo individualmente y Mercosur, como tal, sólo tiene firmados tres TLC, con Israel, Palestina y Egipto.

El principal objetivo de este trabajo es analizar el impacto del surgimiento de la Alianza del Pacífico sobre el proceso de integración regional. Junto con las repercusiones que su sola existencia ha provocado, hay que sumar las consecuencias de la desaparición de Hugo Chávez, que privó al ALBA y a los países afines, como Argentina, del fuerte liderazgo continental y del protagonismo que hasta entonces habían tenido. Sin lugar a dudas, este hecho se orientaría hacia el papel de Brasil como líder regional, un tema que también es objeto de atención en las siguientes páginas. Y todo esto en el contexto de la profunda discusión que está teniendo lugar para impulsar la reforma y modernización del sistema iberoamericano y de la SEGIB (Secretaría General Iberoamericana).

El desarrollo de la integración regional durante el siglo XXI

En los últimos 15 años el proceso de integración regional latinoamericano ha conocido innumerables transformaciones, consecuencia de los profundos cambios políticos que han tenido lugar en el continente desde finales del siglo XX. Con el cambio de siglo y la llegada de Hugo Chávez a la presidencia en Venezuela comenzaron a modificarse las premisas, algunos dirían los paradigmas, de la integración regional, vigentes desde el comienzo del mismo, una vez finalizada la II Guerra Mundial²².

21 México (2000), Chile (2002) y los países de América Central más Panamá (2012) firmaron Tratados de Asociación con la UE, que incluyen diálogo político, cooperación y libre comercio. Por su parte, Colombia y Perú (2012) firmaron Tratados Multipartes, centrados en los aspectos comerciales, con la Unión Europea.

22 Es interesante resaltar el hecho de que, tanto el proceso de integración regional europeo como el latinoamericano, comienzan prácticamente en fechas similares, con posterioridad a la II Guerra Mundial. Pese a las dificultades recientes, producto de la ampliación y de las consecuencias de la crisis económica internacional de 2008, el recorrido y los resultados de uno y otro son sensiblemente diferentes.

Este proceso fue reforzado tras la emergencia de una serie de gobiernos populistas y de izquierda en América Latina, el llamado giro a la izquierda, que le dieron un sesgo particular y novedoso al discurso integracionista oficial. A esto se sumaron las concesiones interesadas o políticamente correctas de los demás países, que apoyaron el abandono de las cuestiones económicas y comerciales de la agenda, por más que algunos profundizaran en sus relaciones bilaterales la firma de TLC con Estados Unidos, la UE o cualquier otro país del planeta²³. De este modo, el énfasis en el proceso, que hasta entonces descansaba en lo económico y comercial, pasó a girar en torno a lo político y a la descalificación paralela de cuanto sonara a libre comercio, empresas transnacionales y capitalismo en el marco de la integración regional, a la que se quiso dotar de un fuerte contenido nacionalista y antiimperialista.

Todos estos cambios comenzaron a materializarse a partir del frontal cuestionamiento al ALCA, impulsada por los Estados Unidos y al libre comercio. Los mayores ataques provinieron, tanto del régimen bolivariano como del cubano, enfrentados con el gobierno de Estados Unidos, marginándolo del proyecto hemisférico, pero también de otras instancias no gubernamentales como el Foro de Sao Paulo. Así tuvo lugar el nacimiento del ALBA, cuyo precedente fueron los Congresos Anfictiónicos Bolivarianos, iniciativa regional del ya extinto mandatario Chávez.

El ALBA nació, inicialmente, como Alternativa Bolivariana de las Américas, la alternativa popular y antiimperialista que se enfrentaba al ALCA, para más recientemente convertirse en la Alianza Bolivariana de los pueblos de nuestra América. Vale la pena insistir, en este punto, en las connotaciones, algunas de ellas militares, que supone el paso, aparentemente formal, de alternativa a alianza y en el papel hegemónico que buscaban en todo el continente los dos países articuladores del ALBA: Cuba y Venezuela (Altmann Borbón, 2011).

Tras el triunfo electoral de Evo Morales y su llegada al poder a comienzos de 2006, los presidentes de Venezuela, Cuba y Bolivia mostraron, mancomunadamente, su rechazo frontal al ALCA y avanzaron en la promoción de lo que llamaron el comercio de los pueblos. Así fue

²³ Véase al respecto la trayectoria de países como Chile, Colombia, México o Perú, que pese a conocer la alternancia entre administraciones de muy distinto signo político continuaron desarrollando una política activa de apertura comercial. En los últimos años la apuesta por los países asiáticos ha sido clara, pese a los sólidos vínculos mantenidos con Estados Unidos y la UE.

como el 29 de abril de 2006, Fidel Castro, Hugo Chávez y Evo Morales firmaron el TCP (Tratado de Comercio de los Pueblos). De este modo, se enfrentaba el indefnido comercio popular al libre comercio, señalándose que, mientras el primero buscaba el interés general y el progreso de los sectores sociales más postergados, el segundo sólo buscaba el beneficio de las grandes corporaciones, de las multinacionales y del imperialismo norteamericano en detrimento de los países de América Latina. Así, de la misma manera que el ALBA se contraponía al ALCA, el TCP lo hacía con los TLC (Tratados de Libre Comercio).

Durante la IV Cumbre de las Américas de Mar del Plata, en noviembre de 2005, se produjo el total descarrilamiento del ALCA, impulsado por el anfitrión Néstor Kirchner y Hugo Chávez y con la anuencia tácita de Brasil. Con posterioridad a estos hechos se produjo la profunda crisis de la CAN (Comunidad Andina), provocada por la brusca salida de Venezuela, en abril de 2006, que la dejó mortalmente herida. Desde entonces la CAN aparece dividida entre dos bloques, aparentemente contradictorios, con Colombia y Perú, por un lado, y Bolivia y Ecuador por el otro, si bien ninguno de los dos pares actúa de forma coordinada.

El principal argumento de Hugo Chávez para justificar su abrupta decisión de abandonar el bloque regional fue la negociación iniciada por Colombia y Perú para firmar sendos TLC con Estados Unidos. Estas iniciativas, según las palabras de Chávez, “mataron” a la CAN: “Desde hace años vengo diciendo que la Comunidad Andina de Naciones (sic) está herida de muerte y hoy puedo decir que está muerta”. Simultáneamente a su retirada, Chávez manifestaba su deseo de incorporarse a Mercosur, ya que por aquel entonces consideraba como afines políticos o ideológicos a tres de sus cuatro gobiernos (Argentina, Brasil y Uruguay), una propuesta que fue admitida prácticamente sin discusión ninguna por los entonces cuatro presidentes del bloque (Malamud, 2006). En aquellos momentos, el crecimiento del ALBA parecía imparable gracias a la incorporación constante de nuevos miembros, como demostró en agosto de ese mismo año el ingreso de Honduras al bloque.

A la crisis de la CAN hay que sumar la posterior crisis de Mercosur, donde no sólo se enfrentaban Brasil y Argentina; sino los países grandes, los dos anteriores, con los pequeños (Paraguay y Uruguay). Las dificultades se incrementaron tras la salida forzada de Fernando

Lugo de la presidencia paraguaya, ya que la completa incorporación de Venezuela se realizó de forma simultánea a la suspensión de la membresía de Paraguay. En realidad la incorporación de uno fue posible por la suspensión del otro (Malamud, 2012).

El proceso se completó con la creación de Unasur, en mayo de 2008, y de la CELAC (Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños), en febrero de 2010²⁴, y fue entonces cuando alcanzó su plenitud el énfasis puesto en lo político, en detrimento de lo comercial y lo económico. Unasur se denominó inicialmente CSN o CASA (Comunidad Sudamericana de Naciones). El nombre se decidió cambiar en abril de 2007, a raíz de una iniciativa personal e inconulta de Hugo Chávez en la Cumbre Energética de América del Sur, celebrada en Isla Margarita (Venezuela), y que fue aprobada por sus colegas allí presentes prácticamente sin discusión y sin estudios previos de ningún tipo (Malamud, 2007). La Cumbre de Isla Margarita marcó el punto máximo de los proyectos que buscaban convertir a la energía en el principal elemento articulador de la integración latinoamericana²⁵. Dadas las desavenencias entre los países el proyecto terminó fracasando, y con él se condenó definitivamente al olvido el proyecto faraónico de Hugo Chávez: el Gran Gasoducto del Sur, que debía articular al subcontinentalmente suramericano.

El estado actual de la integración regional

Pese al surgimiento reciente de instituciones como la CELAC y Unasur, y a los innegables pasos concretos y positivos que las mismas han dado desde su creación, se puede afirmar que la integración regional, en su conjunto, está atravesando una profunda crisis, tanto de identidad como institucional y de gobernanza. En este sentido, destaca la falta de definición del sujeto de la integración, así como que pese a crearse nuevas instituciones no se aclara qué se va a hacer con las previamente existentes. De este modo, se observa un constante añadido de siglas y acrónimos a la ya voluminosa sopa de letras existente en el mundo de la integración regional (Malamud, 2009).

Si bien la integración regional giró hacia la concertación política, poco se ha avanzado en un terreno muy complicado marcado por la frag-

24 Ambas son las fechas formales de su creación, aunque el proceso que permitió su puesta en marcha arrancó, en los dos casos, en años anteriores.

25 Se señalaba que así como el carbón y el acero, a través de la CECA (Comunidad Europea del Carbón y el Acero), habían sido uno de los pilares fundamentales de la integración europea, la energía podía ser el motor dinamizador en América Latina, especialmente, en una coyuntura de precios altos de los combustibles fósiles no renovables.

mentación que vive América Latina y que impacta, de un modo constante, en sus relaciones intrarregionales. Tampoco ha habido el más mínimo avance en una coordinación de la presencia latinoamericana en los foros internacionales, como se ve en el G20.

Si bien allí América Latina está sobre representada, al tener tres miembros de pleno derecho (Argentina, Brasil y México), la concertación entre ellos es mínima o nula, por no hablar de lo que ocurre con los gobiernos del resto del continente. Esto explica la queja del ex presidente dominicano Leonel Fernández sobre la falta de acuerdos regionales en torno a los debates del G20. En la reciente elección del presidente de la OMC (Organización Mundial del Comercio) compitieron, finalmente, el brasileño Roberto Azevedo, que resultó triunfador, con el mexicano Herminio Blanco Mendoza. Se trata de una prueba más de la falta de operatividad de algunos foros de “concertación política” latinoamericanos o suramericanos.

Tal como está planteada, la integración se produce de espaldas al mundo y a la globalización. Los foros existentes apenas sirven para discutir sobre política exterior, cuanto más de política hemisférica, de la relación con Estados Unidos. De este modo no hay respuestas regionales para los desafíos globales, ya que en numerosas ocasiones América Latina, como región, parece vivir de espaldas al mundo. En los distintos encuentros oficiales latinoamericanos apenas se habla, al menos de un modo formal, con agenda explícita y documentos preparados por técnicos o expertos, de la deriva nuclear de Irán, de la primavera árabe, de Sudán, Libia, Egipto o Siria, o de otros problemas internacionales, que suelen ser enfrentados de forma individual por cada país.

A esto se suma la existencia de grandes desequilibrios en América del Sur entre Brasil y el resto de la región. Así tenemos que la superficie brasileña (8 515 767 km²) es prácticamente igual que la del resto del territorio suramericano menos Brasil. Prácticamente ocurre lo mismo con la población (Brasil tenía en, 2011, 196,7 millones de habitantes), el PIB y el PIB per cápita (2,477 billones y casi 12 600 dólares para Brasil con valores de 2011) (Malamud, A., 2010). Es evidente que todo esto complica no sólo el liderazgo brasileño, en la medida en que éste quiera ser ejercido, lo que a veces no está del todo claro, sino también la propia institucionalidad y la gobernanza de Unasur y Mercosur.

A esto se agrega, en lo que a América Latina se refiere, la complicada relación entre Brasil y México, o, mejor dicho, entre sus ministerios de Relaciones Exteriores, los palacios de Itamaraty y Tlatelolco. La ausencia del ex presidente mexicano Felipe Calderón del encuentro Río+20, celebrado en 2012, es una buena prueba de esas diferencias. Si bien el nuevo presidente mexicano, Enrique Peña Nieto, se ha mostrado dispuesto a trabajar junto a su colega Dilma Rousseff para mejorar la relación bilateral, es mucho lo que queda por hacer, especialmente desde el punto de vista de crear canales para un diálogo más fluido entre los distintos niveles de ambas administraciones.

La plena incorporación de Cuba a buena parte de los organismos latinoamericanos multilaterales, como el Grupo de Río y CELAC, no aportó nada nuevo a la integración regional. Tampoco resolvió el problema de la relación de América Latina con Estados Unidos, ni el futuro del sistema panamericano, comenzando por la OEA (Organización de Estados Americanos) y la CIDH (Comisión Interamericana de Derechos Humanos).

Desde la perspectiva de algunos países del ALBA el principal objetivo de la CELAC era converger hacia la creación de un símil hemisférico de la OEA sin la presencia de Estados Unidos ni Canadá, una propuesta que no fue seguida por la mayoría de los estados miembros. Sin embargo, la creación de Unasur y CELAC, presentadas por algunos como complementarias pero en realidad contradictorias entre sí, no ha servido para resolver la cuestión medular de la integración regional latinoamericana, que gira en torno a la pregunta central de qué se quiere integrar: ¿América Latina o América del Sur? No se trata de una pregunta retórica o baladí, ya que mientras esta cuestión no se responda de una manera efectiva y clara, y asumiendo la totalidad de sus implicaciones políticas y económicas no se avanzará de forma decidida en la integración regional latinoamericana.

De este modo, si bien el discurso o el relato predominante defiende, de forma cerrada, la integración regional y la construcción de la Patria Grande, en tanto no se desactiven las principales trabas existentes, como el fuerte nacionalismo o la cerrada defensa de las soberanías nacionales, poco se avanzará en la dirección ambicionada. Para complicar las cosas se observa una América Latina profundamente fraccionada y mucho más dividida que en coyunturas anteriores.

En la actualidad las líneas de fractura no responden, únicamente, a clivajes ideológicos, lo que dificulta, igualmente, el proyecto iberoamericano. Las miradas frente a una convergencia, aunque sea en cuestiones culturales y de cooperación, de América Latina con España, Portugal y Andorra son muy variadas y expresan intereses muy contrapuestos y contradictorios. Este hecho incidirá, sin duda, en el proceso de reforma del sistema iberoamericano y de la SEGIB (Secretaría General Iberoamericana).

En América Latina y también fuera de ella, se justifica la multiplicidad de organizaciones integracionistas en base a una serie de argumentos, entre los cuales destacan la especial idiosincrasia latinoamericana, la creatividad de sus procesos políticos, la diversidad social y económica, etc. En este punto, una característica sumamente original del proceso de integración latinoamericano es la sobreabundancia de parlamentos regionales, teóricos representantes de la voluntad popular, pero en la práctica mecanismos inoperantes que no aportan prácticamente nada a los objetivos perseguidos.

Pese a los argumentos previamente reseñados cabe preguntarse si la cohabitación entre CELAC y Unasur tiene sentido; o no resulta más racional la existencia de una sola organización, especialmente aquella que cubre un mayor espacio geográfico. De hecho, la desaparición de Unasur y su incorporación plena en CELAC podría impulsar enormemente la integración regional. En realidad, la mera existencia del proyecto “sudamericano” atenta contra la meta de conseguir la plena integración de América Latina.

En la última década el proceso de integración regional se convirtió en una verdadera huída hacia adelante con la creación constante de nuevas instituciones, incluyendo los ya mencionados parlamentos regionales o subregionales²⁶. Esto es así en la medida que el surgimiento de nuevas instituciones no resuelve lo que se va a hacer con las pre existentes. Dos ejemplos para aclarar la cuestión: En primer lugar, dentro de Unasur conviven Mercosur y la CAN, instancias a las que pertenecen la mayor parte de los estados miembro de una y otra institución, pero nadie aclara qué pasará con ellas, si se fusionarán, desaparecerán y se integrarán en Unasur o qué rumbo futuro seguirán.

26 Entre los existentes se puede mencionar al Parlantino (Parlamento Latinoamericano), Parlamento Suramericano, Parlamento Andino, Parlamento del Mercosur y Parlacen (Parlamento Centroamericano).

Segundo, nada se ha discutido ni establecido acerca de cómo convivirán Mercosur y la CELAC y cómo coordinarán su funcionamiento, en el caso de que se estime válida alguna coordinación entre ellas. ¿Tiene sentido una agregación creciente de estructuras de integración como si se tratara de una matrioska rusa?

Son muchos en América Latina los que creen que Unasur avanzó en la convergencia política e ideológica de los gobiernos de la región. Esta idea viene respaldada por otra idea muy presente a comienzos del siglo XXI, cuando se hablaba del giro a la izquierda en la región. La idea sostenía que, a mayor homogeneidad política e ideológica, mayores avances en la integración, un razonamiento con mucho predicamento en Mercosur, en los tiempos de Lula da Silva y Néstor Kirchner, un supuesto que finalmente no dio los frutos esperados.

En realidad, lo que se muestra como la gran fortaleza del proceso, la notable afinidad política e ideológica entre los gobiernos, es una de sus mayores debilidades, ya que se omite tanto la posibilidad de que, dentro de un mismo esquema de integración deban coincidir países con gobiernos de izquierda con otros de derecha, como el valor de la alternancia en las sociedades democráticas. Pese a lo sostenido reiteradamente en América Latina la homogeneidad en el cariz político de los gobiernos no garantiza avances sostenidos en la integración. Por el contrario, de ese modo se posterga la discusión sobre los elementos centrales de cualquier proceso de integración regional, que giran en torno a la existencia de intereses nacionales encontrados, con las contradicciones que estos generan, para potenciar una retórica inmediateista con mayores posibilidades de confluir y acordar entre las partes, pero únicamente en torno a cuestiones marginales o superfluas.

La Unasur suele ponerse como ejemplo de la capacidad de los países sudamericanos de resolver sus propios problemas sin la asistencia de Estados Unidos o la UE. Este argumento refuerza la capacidad de la organización para resolver algunas crisis regionales. Este ejercicio fue recientemente repetido por Marco Aurelio García, asesor de Rouseff en cuestiones internacionales, quien durante un seminario sobre la política exterior brasileña entre 2002 y 2013 resaltó el papel de Unasur al desactivar la crisis regional en Bolivia en 2008 o la intervención en la asonada policial en Quito en 2010, catalogada por el gobierno de Rafael Correa como un “golpe de estado”.

También se insiste en la resolución del conflicto entre Ecuador y Colombia, con la posible implicación de Venezuela y Nicaragua, tras el bombardeo a un campamento de las FARC en suelo ecuatoriano en el que murió el número dos de la organización terrorista: Raúl Reyes. En su intervención, García también mencionó el papel de Unasur tras lo que llamó “golpe de estado” en Paraguay, un tema en el que el desempeño de los ministros de Relaciones Exteriores tanto de Unasur como de Mercosur fue más que discutible y que aportó poco por resolver el conflicto. El caso paraguayo, por las secuelas que dejó, algunas todavía sin resolver, muestra más las limitaciones de Unasur que su capacidad cotidiana de resolución dialogada de conflictos.

En lo que ha sido la trayectoria reciente de la integración vale la pena resaltar que los últimos avances no se han producido en torno a la elaboración de normas y construcción de instituciones sólidas y duraderas sino por el peso de las afinidades presidenciales. En realidad, el problema estima en lo que pueda pasar cuando esas afinidades cambien o desaparezcan, como está ocurriendo, por ejemplo, en las importantes diferencias que enfrentan a Dilma Rousseff con Cristina Fernández en torno a las crecientes dificultades presentes en las relaciones argentino - brasileñas. En realidad, las afinidades ideológicas no sirven, a veces, para evitar conflictos bilaterales, como mostró la crisis por las papeleras entre Argentina y Uruguay, cuando la relación entre Néstor Kirchner y Tabaré Vázquez fue bastante tensa.

Las implicaciones del surgimiento de la Alianza para América Latina y la integración regional

El panorama hasta ahora descrito en lo referente al proceso de integración regional en América Latina ha comenzado a modificarse tras la aparición de la Alianza del Pacífico, integrada por Chile, Colombia, México y Perú (Malamud, 2012a). A diferencia de lo que ocurre con otros procesos de integración regional o subregional, la Alianza se enfrenta abiertamente con la globalización. De esa manera trasciende la región y se abre al mundo, en este caso, al Pacífico. Su nacimiento formal, en junio de 2012, introduce nuevas preguntas y realidades en el proceso de integración regional latinoamericano. Y esto ocurre a partir de la recuperación del libre comercio por los presidentes de los estados miembros, junto a los observadores Costa Rica y Panamá.

La presencia de la Alianza ha servido para restablecer la premisa de la importancia del comercio y la economía como factores centrales de

la integración regional. La Alianza también ha permitido revalorizar el papel de las empresas, especialmente las llamadas multilaterales, en la integración regional. Esto no implica desconocer el valor de la política, sin la cual ningún ensayo de integración tiene sentido. A esto se suma que la sola existencia de la Alianza responde por la vía de los hechos la pregunta anteriormente formulada de qué se quiere integrar, América Latina; o bien, en América del Sur. La presencia de México no deja lugar a dudas de la fuerte vocación latinoamericanista de sus estados miembros.

En este contexto surge la Alianza del Pacífico e introduce grandes novedades en el debate previo. Sin embargo, antes de plantear las cuestiones de fondo son necesarias algunas precisiones sobre su realidad. En abril de 2011, cuando los presidentes de la Alianza dieron el puntapié inicial al proyecto apostaron claramente por la libre circulación de personas, capitales, mercancías y servicios. Por eso, en la declaración de Lima, señalaron que la Alianza impulsaba el: “movimiento de personas, de negocios y facilitación para el tránsito migratorio, incluyendo la cooperación policial; comercio e integración, la facilitación de comercio y cooperación aduanera; servicios y capitales, la posibilidad de integrar las bolsas de valores y cooperación y mecanismos de solución de diferencias y crear grupos técnicos para cada una de estas áreas”. También se busca reforzar las infraestructuras, en una región sumamente deficitaria.

Unas pocas cifras ilustran el significado de la Alianza. Los cuatro países que la forman tienen una población de 207 millones de habitantes (casi el 35% de la población de América Latina y el Caribe), un PIB de 2,1 billones de dólares y un PIB per cápita cercano a los 13 000 dólares. Sus exportaciones representan el 55% del total de América Latina y el Caribe, superando en volumen al Mercosur. Prueba del aperturismo de estos países es que todos tienen TLC firmados con Estados Unidos y diferentes tratados con la UE. Chile, México y Perú integran el Foro de Cooperación Económica Asia Pacífico (APEC). Con su ingreso al Acuerdo de Asociación Transpacífico (TPP, en su sigla inglesa), México se suma a Chile y Perú que ya formaban parte del mismo. En líneas generales, se puede afirmar que Chile tiene firmados TLC y acuerdos de asociación económica con 51 países, Colombia 15 TLC que implican casi a una cincuentena de países, México 12 TLC con 44 países y Perú 17 TLC.

La Alianza no olvida la política, pero rescata la economía y el comercio como esenciales para la integración, como muestra su apuesta por los TLC y por vincularse a otras zonas con regímenes similares. Por eso, su nacimiento no fue bien recibido por los países latinoamericanos con políticas fuertemente proteccionistas y contrarios al libre comercio. Esta postura ha supuesto la oposición de los países del ALBA, más explícita en algunos casos que en otros, una actitud perceptible en los intentos previos de constituir un área regional volcada al Pacífico.

La Alianza tampoco cuenta con la aceptación de Brasil (Malamud, 2013c), comenzando por la sola existencia del proyecto y por la necesidad de definirse sobre el futuro de Mercosur, un futuro cada vez más complicado. Y comparte sus objetivos por diversos motivos, entre ellos: el hecho nada despreciable de no estar integrada en ella. No sólo eso, la misma existencia de la Alianza confronta a sus élites nacionales con algunos de sus máximos desafíos futuros y con una serie de problemas no resueltos, como su inserción en el mundo globalizado y su relación con Estados Unidos y la UE.

La Alianza también supone un gran desafío para el proyecto suramericano brasileño y puede influir en la naturaleza de su liderazgo (o no liderazgo) regional. Por eso, sería interesante saber qué hará el gobierno brasileño frente a esta nueva realidad. Si bien, Brasil debe mover ficha, está claro que no lo hará en tanto la Alianza no se consolide. Esto nos lleva a plantear, nuevamente, la cuestión, bastante complicada en sí misma, de si es posible un liderazgo compartido de las dos grandes potencias regionales (Brasil y México), comparable, salvando todas las distancias, a lo que supuso el eje franco-alemán para la integración europea.

En el mismo seminario sobre política exterior brasileña ya mencionado, Marco Aurelio García fue tajante al afirmar que el nuevo bloque “no tiene relevancia económica y no representa ninguna competencia para Mercosur” y que todo es producto de “un efecto publicitario muy fuerte”. Estas afirmaciones se contradicen con las cifras presentadas más arriba. En la misma línea se expresó Antonio Patriota en un encuentro con corresponsales extranjeros cuando dijo que la Alianza era “un esfuerzo que reúne países con características semejantes, pero es una alianza, no una zona de libre comercio, una unión aduanera o mucho menos un proyecto de integración profunda como el Mercosur”.

La Alianza del Pacífico también es vista por los gobiernos del ALBA como una cabeza de puente de la OTAN en América Latina. El ministro de la Presidencia de Bolivia, Juan Ramón Quintana, afirmó: “Es importante recordar que la estrategia de la Alianza del Pacífico no es, solamente una estrategia de tipo comercial, es una estrategia política y militar. Su constitución nuevamente pretende reinstalar el Consenso de Washington y el ALCA”. En una reunión entre Morales y Correa, éste afirmó que “Mientras yo sea presidente, Ecuador no entrará en ninguna de estas aventuras”, en clara alusión a la Alianza.

Por otra parte el surgimiento de la Alianza y la respuesta poco amigable de algunos países de la región se produce en el marco de un nuevo panorama comercial internacional, en el que se marcha hacia la conformación de macro tratados de libre comercio, como el TPP (Trans-Pacific Partnership) o el TAFTA (Trans Atlantic Free Trade Agreement). Puede gustar más o menos la naturaleza de estos acuerdos, pero de ir adelante las negociaciones del TPP y del TAFTA habrá que tener en cuenta que en ellos se sentarán estándares de producción y normas de comercialización de ámbito global. En este aspecto una de las grandes preguntas que se repite en círculos políticos y académicos es cómo afectará a América Latina la firma de estos acuerdos, en el supuesto caso de que efectivamente se materialicen.

En América Latina el principal perjudicado, de cerrarse las dos rondas negociadoras anteriormente mencionadas, sería Brasil, ya que su política de defensa de su amplio mercado interior y los compromisos asumidos en Mercosur, pueden comprometer su posición de relevante actor económico internacional a medio plazo. El hecho de que Uruguay (junto a Paraguay) se sumara como observador a la Alianza del Pacífico indica la preocupación de algunos gobiernos por el aislamiento creciente del Mercosur, empujada por las políticas comerciales de Argentina (a la que ahora hay que sumar a Venezuela) y agrega una cuota de presión adicional a las próximas decisiones del gobierno de Dilma Rousseff.

Frente a estos problemas y al surgimiento de la Alianza, el ALBA quiere crear, junto con Caricom y Mercosur, una zona económica común, que según Nicolás Maduro debe ser “de desarrollo compartido y complementario, solidario, respetando las asimetrías, más allá del simple comercio, un desarrollo compartido”. En esta línea no es casual

que el documento final de la última Cumbre del grupo se titulara “Declaración del ALBA desde el Pacífico”, una clara denuncia de los intentos del capitalismo de revitalizar con nuevos mecanismos el ALCA.

Al igual que en otros aspectos de la realidad de América Latina, nuevamente la diversidad entre las naciones que la integran se impone a la hora de responder a esa cuestión, que dependerá, fundamentalmente, de los diferentes grados de inserción en la globalización y la participación en las cadenas internacionales de valor. Es obvio que en los países de la Alianza del Pacífico, mucho más abiertos e internacionalizados, el impacto será sensiblemente menor que entre los integrantes de Mercosur, más aislacionistas o proteccionistas. Argentina y Venezuela podrían arrastrar a todo el Mercosur a desvincularse de las grandes corrientes comerciales mundiales, salvo que Brasil adopte una actitud consecuente de rechazo al resurgimiento de posturas autárquicas.

De alguna manera, los partidarios de estas posturas suelen coincidir con los mayores defensores del predominio de China, de su importancia creciente para América Latina y del golpe de péndulo del mundo hacia Asia en las próximas décadas. La emergencia de Oriente significaría el declive definitivo de Estados Unidos, lo que según esta interpretación sería sumamente beneficioso para América Latina, especialmente para aquellos gobiernos que hacen gala de un anti occidentalismo creciente. En realidad, lo que parece entreverse es que este proceso no será tan inmediato ni tan lineal como inicialmente parecía.

Por eso, en este punto cabe una reflexión acerca de si el Pacífico será el centro del mundo del futuro. ¿Será China la segunda o primera potencia mundial en los próximos 30 a 50 años, o quizá menos? Para que esto se produzca es necesario que su crecimiento se mantenga más o menos constante en todo el período, lo que implica que, tanto las variables macro y micro económicas que lo sostienen no sufran grandes alteraciones y que algo similar ocurra con el entorno político, marcado por la hegemonía del Partido Comunista Chino (PCCh). Sin embargo, en los últimos tiempos se ha observado que la evolución de los salarios privados y del marco regulatorio están comenzando a provocar algunas deslocalizaciones, de modo que una de cada cuatro empresas europeas presentes en China están pensando en irse, lo que no implica perder el mercado.

A la hora de tomar sus decisiones de vincularse comercial y económicamente a China, los dirigentes latinoamericanos deberían considerar dos circunstancias importantes. Por un lado, el riesgo de concentrar el comercio exterior en un único mercado, y, por el otro, el estilo chino de hacer negocios. En lo que respecta a la primera cuestión, el riesgo de no diversificar los mercados es obvio, como bien sabe México a partir de su especial relación con Estados Unidos. En cuanto al estilo chino de hacer negocios, tanto la experiencia africana como algunos casos ocurridos en América Latina permiten extraer algunas conclusiones, como muestra en Perú la trayectoria de la compañía minera Shougang Hierro Perú. El gran problema del comercio latinoamericano con China es la reprimarización de las exportaciones. De ahí la importancia de que la Alianza pueda negociar en bloque con sus interlocutores orientales, algo que Mercosur todavía no ha hecho.

América Latina después de Chávez

La muerte de Hugo Chávez ha tenido importantes repercusiones en América Latina y también en el proceso de integración regional, comenzando por el ALBA. Las principales interrogantes tienen que ver con la posibilidad de reemplazar su fuerte liderazgo regional y con el mantenimiento de las estructuras desarrolladas bajo su influjo, como el mencionado ALBA, pero también otras como Petrocaribe, el aún nonato Banco del Sur u otras similares

La imposibilidad de un liderazgo alternativo a Hugo Chávez se basa en cuatro cuestiones (Malamud, 2013 a): 1) Ninguno de los candidatos posibles tiene el carisma o la personalidad suficiente para ello, 2) Ninguno de sus países cuenta con los recursos necesarios, ni la posibilidad ni la voluntad de gastarlos discrecionalmente en el proyecto bolivariano, 3) La alianza entre Hugo Chávez y Fidel Castro, que legitimó el proyecto chavista a los ojos de buena parte de la izquierda continental, no podrá repetirse y 4) La actual coyuntura regional no es equiparable al momento de máxima expansión de la izquierda latinoamericana, aprovechado con éxito por Chávez. Debido a las dificultades internas de sus países, y al tiempo que deben dedicar a resolverlas, ni Raúl Castro ni Nicolás Maduro están en condiciones de ejercer el liderazgo regional. Por tanto, en estos momentos no existe nadie en América Latina con el carisma, los recursos, la agenda y la coyuntura favorable como para ocupar su lugar.

En primer lugar, ni los dirigentes del ALBA (Nicolás Maduro, Raúl Castro, Rafael Correa, Evo Morales o Daniel Ortega), ni presidentes afines (como Cristina Fernández) tienen el carisma ni la capacidad política de Chávez, ni son estadistas capaces de atraer reconocimiento internacional. Por una mezcla de distintas cuestiones, como su propio carácter, Chávez podía imponer sus puntos de vista a sus colegas regionales, comenzando por la imposición de la figura de Bolívar como un icono regional, incluyendo a países, como México y Brasil, que históricamente habían vivido al margen de su figura. La postura de Brasil se explica en función de su objetivo de mantener la disciplina regional y su búsqueda de dilatar algunas de las reivindicaciones venezolanas. Brasil se sumaba a los proyectos bolivarianos para, desde dentro, esterilizarlos de forma educada y no confrontacional. Entre los ejemplos más claros destacan el nonato Banco del Sur, un proyecto inicialmente diseñado por Rafael Correa pero respaldado por Chávez, y el Gran Gasoducto del Sur.

La segunda razón que respalda una respuesta negativa a la pregunta del liderazgo, se vincula a los ingentes recursos que el presidente de Venezuela invirtió en expandir en América Latina el proyecto bolivariano. El dinero venezolano reforzaba el carisma y el carácter de Chávez, y lo mismo ocurría en sentido inverso. Sin estas dotes y estos recursos, que interactuaban de forma clara, la expansión continental del proyecto bolivariano hubiera sido mucho más complicada. El petróleo venezolano y los dólares por él generado sirvieron para forjar alianzas, consolidar amistades y ganar voluntades en buena parte de América Latina y el Caribe, dando lugar a la llamada petro diplomacia. Para los países de América Central y el Caribe, los directos beneficiarios de Petrocaribe, la política de precios baratos y créditos con bajos tipos de interés y a largo plazo les era sumamente conveniente. Pero el apoyo no era gratis. Requería contrapartidas, bien en forma de silenciar las críticas o de apoyar las posiciones venezolanas en organismos multilaterales. En este sentido, el respaldo que recibía Venezuela en instancias como la OEA era considerable.

En tercer lugar, Chávez supo establecer una relación muy especial con Fidel Castro, que le permitió legitimarse a los ojos de buena parte de la izquierda continental. Chávez fue recibido en Cuba por primera vez por Fidel Castro en diciembre de 1994, cuando acababa de lanzarse a la lucha política en lugar de recurrir a los métodos golpistas hasta entonces empleados. Sin el respaldo cubano, Chávez hubiera tenido

que cargar con el estigma de militar golpista cuando aún estaba fresco en buena parte de América Latina el recuerdo de las dictaduras militares. Pero ni Maduro es Chávez ni Raúl Castro es su hermano Fidel.

La relación Castro-Chávez ha sido funcional para ambos líderes. A Castro le permitía romper el aislamiento dentro de América Latina en el que se había movido en las últimas décadas; a Chávez adoptar una imagen continental de dirigente de izquierdas, imagen que cultivó con celo en sus primeros años de exposición mediática. La relación se consolidó de tal modo que incluso hubo quienes comenzaron a hablar de una federación binacional, Cubazuela o Venecuba, un proyecto que, finalmente, fue abandonado por las fuertes resistencias nacionalistas existentes en los dos países implicados.

Y en cuarto y último lugar, el liderazgo continental de Chávez se forjó en un momento de expansión del ideal antiimperialista. Como ya se ha señalado, se estaba frente al “giro a la izquierda” en América Latina. Y si bien no todos eran entusiastas del proyecto bolivariano, las simpatías con él eran mayores que los de aquellos presidentes situados en una posición política o ideológica opuesta. En la actualidad, y esto dificulta la emergencia de un nuevo líder regional capaz de reemplazar a Chávez, estamos en una etapa diferente y, probablemente, al inicio de un nuevo ciclo político en América Latina, en el cual la figura del papa Francisco no será ajena.

Finalmente, está la cuestión de la imposibilidad de que Nicolás Maduro reemplace a Chávez como líder continental. Por su gran legitimidad interior, Chávez estaba en condiciones de pasar muchas semanas al año fuera de su país, impulsando su proyecto político, sin tener que afrontar serios desafíos en Venezuela. Eran otros tiempos. En el más que probable caso de triunfar, Maduro no tendrá las mismas facilidades que tuvo Chávez para proyectar su política exterior. Las dificultades económicas y los problemas políticos y sociales le requerirán gran atención, ya que no contará con el favor y el perdón de sus compatriotas a la hora de gobernar.

La orfandad del liderazgo se hace sentir y las luchas subterráneas por la sucesión del “comandante eterno” todavía no han terminado, como se ha visto en la XII Cumbre del ALBA, celebrada el 30 de julio de 2013 en Guayaquil; la primera sin Chávez (Malamud, 2013 d). Pese a la presencia de Rafael Correa, Evo Morales, Nicolás Maduro y Daniel

Ortega, se notó la ausencia de Raúl Castro, reemplazado por el vicepresidente José Ramón Machado Ventura. Ni Correa ni Maduro pudieron atraer a Castro, por más que esta Cumbre se considerara vital para el futuro del ALBA. Es decir, las Cumbres del ALBA ya no son lo que eran. Han perdido atractivo e interés informativo, y son cada vez más espaciadas. Por eso, es interesante analizar la frecuencia de las Cumbres ordinarias y extraordinarias. En 2007 hubo dos; cuatro en 2008; seis en 2009; dos en 2010; ninguna en 2011 y una en febrero de 2012.

De momento ya hay algunas señales que muestran la creciente debilidad del ALBA y sus aliados. Ecuador fue incapaz de imponer ni sus puntos de vista ni sus candidatos en lo relativo a la CIDH en el marco de la OEA. Tampoco pudieron convocar una Cumbre de Unasur ni tras los incidentes que debió afrontar Evo Morales en su vuelo de regreso a Bolivia desde Moscú ni cuando Colombia anunció su intención de firmar un protocolo de cooperación con la OTAN. Situaciones de este tipo hubieran sido impensables con Chávez vivo, a la vez que preanuncian importantes cambios no sólo en la política regional sino también en la marcha y la dinámica de la integración regional.

Conclusiones

El proceso de integración regional ha conocido importantes cambios en los últimos 15 años. La llegada de Hugo Chávez y la creación del ALBA permitieron potenciar el papel de la concertación política en detrimento del libre comercio y la economía. Esta transformación fue facilitada por el clima impuesto a partir del llamado giro a la izquierda, que terminó imponiéndose incluso a gobiernos que no ostentaban ese cariz político. El surgimiento de la Alianza del Pacífico, sumado a la desaparición de Hugo Chávez (y a la imposibilidad de transferir a otro presidente regional su liderazgo), han comenzado a cambiar el panorama. Sin renegar de la política, la Alianza ha vuelto a poner el acento en la centralidad del libre comercio y de la economía, incluyendo el papel protagónico de empresas y empresarios en la integración.

Todo esto ocurre en medio de una profunda crisis de todos los esquemas de integración regional, que hasta la fecha se han mostrado incapaces de responder a los desafíos del mundo globalizado y han llevado a América Latina a un creciente ensimismamiento. La consolidación de la Alianza del Pacífico puede romper esta dinámica, pero de mo-

mento hay que ser prudentes frente a su evolución futura, aunque moderadamente optimistas.

Por todo esto es que América Latina se encuentra ante una seria encrucijada frente a sus relaciones intrarregionales y a la forma de impulsar su propia integración. De modo que está condenada a renovarse, aceptando los cambios que se han producido en el mundo tras la caída del Muro de Berlín, o terminará enterrada en el cementerio de elefantes del mundo globalizado. Al mismo tiempo es necesaria una discusión profunda acerca del papel que los liderazgos deben o pueden jugar en el proceso, así de quién o quiénes deberían ejercerlo. Desde este punto de vista la convergencia de las posiciones de México y Brasil sería un aporte determinante.

BIBLIOGRAFÍA

- Altmann, Josette y Rojas Aravena, Francisco (eds.) (2008), *América Latina y el Caribe: ¿fragmentación o convergencia?: experiencias recientes de la integración*, Quito, FLACSO - Sede Ecuador - Ministerio de Cultura del Ecuador - Fundación Carolina.
- Altmann Borbón, Josette (2011), “Nuevos escenarios de integración regional: el ALBA”, Altmann Borbón, Josette (eda.), *América Latina y el Caribe: ALBA: ¿Una nueva forma de Integración Regional?*, Buenos Aires, Teseo - Flacso - Fundación Carolina.
- Barbosa, Rubens (2009), *Mercosul e a Integração Regional*, Sao Paulo, Fundação Memorial.
- Bouzas, Roberto (2008), “Crisis y Perspectivas de la Integración en América del Sur”, Lagos, Ricardo (ed.), *América Latina: ¿Integración o Fragmentación?*, Buenos Aires, Edhasa.
- Malamud, Andrés (2010), “¿Mejor solo que mal acompañado? Brasil, entre la turbulencia regional y la emergencia global”, Malamud, Carlos; Steinberg, Federico y Tejedor, Concha (eds.), *Anuario Iberoamericano 2010 Real Instituto Elcano - EFE*, Madrid, Ediciones Pirámide, pp. 71 – 86.
- Malamud, Carlos (2006), “La salida venezolana de la CAN y sus repercusiones sobre la integración regional”, dos partes, 2ª parte: “Su impacto en Mercosur”, ARI N° 54/2006 y 63/2006, Madrid, Real Instituto Elcano, disponible en http://www.realinstitutoelcano.org/wps/portal/rielcano/contenido?WCM_GLOBAL_CONTEXT=/elcano/Elcano es/Zonas es/ARI+54-2006 y en http://www.realinstitutoelcano.org/wps/portal/rielcano/contenido?WCM_GLOBAL_CONTEXT=/elcano/elcano es/programas/geoestrategia+de+la+energ_a/publicaciones/escenario+regional/ari+63-2006, visitado en 28/VIII/2013.
- _____, Carlos (2007), “La cumbre energética de América del Sur y la integración regional: un camino de buenas (y no tan buenas) intenciones”, Documento de Trabajo, DT 18/2007 (17/V/2007), Madrid, Real Instituto Elcano, disponible en http://www.realinstitutoelcano.org/wps/portal/rielcano/contenido?WCM_GLOBAL_CONTEXT=/elcano/elcano es/programas/geoestrategia+de+la+energ_a/publicaciones/escenario+regional/dt+18-2007, visitado en 28/VIII/2013.

- _____, Carlos (2009), “La crisis de la integración se juega en casa”, *Nueva Sociedad*, N° 219, pp. 97-112.
- _____, Carlos (2012, a), “La Alianza del Pacífico: un revulsivo para la integración regional en América Latina”, ARI 46/2012 (27/VI/2012), Madrid, Real Instituto Elcano, disponible en http://www.realinstitutoelcano.org/wps/portal/rielcano/contenido?WCM_GLOBAL_CONTEXT=/elcano/elcano_es/zonas_es/america+latina/ari46-2012, visitado en 28/VIII/2013.
- _____, Carlos (2012b), “El futuro de Mercosur con Venezuela”, *Infolatam*, 31/VII/2012, disponible en <http://www.infolatam.com/2012/07/31/el-futuro-del-mercosur-con-venezuela/>, visitado en 28/VIII/2013.
- _____, Carlos (2013a), “El liderazgo en América Latina tras la muerte de Hugo Chávez”, *Comentario Elcano* 21/2013, 11/III/2013, disponible en http://www.realinstitutoelcano.org/wps/portal/rielcano/contenido?WCM_GLOBAL_CONTEXT=/elcano/elcano_es/zonas_es/america+latina/ari8-2013-malamud-liderazgo-america-latina-tras-hugo-chavez, visitado en 29/VIII/2013.
- _____, Carlos (2013b), “La Cumbre de la Alianza del Pacífico”, *Comentario Elcano* 36/2013 (28/V/2013), Madrid, Real Instituto Elcano, disponible en http://www.realinstitutoelcano.org/wps/portal/rielcano/contenido?WCM_GLOBAL_CONTEXT=/elcano/elcano_es/comentarios_comments/comentario-malamud-cumbre-alianza-del-pacifico-2013, visitado en 28/VIII/2013.
- _____, Carlos (2013c), “Brasil y la Alianza del Pacífico”, *Infolatam*, 21/VII/2013, disponible en <http://www.infolatam.com/2013/07/21/brasil-y-la-alianza-del-pacifico/>, visitado en 29/VIII/2013.
- _____, Carlos (2013d), “Las cumbres del ALBA y la nostalgia del esplendor perdido”, *Infolatam*, 4/VIII/2013, disponible en <http://www.infolatam.com/2013/08/05/las-cumbres-del-alba-y-la-nostalgia-del-esplendor-perdido-2/>, visitado en 29/VIII/2013.
- Peña, Félix (2009), “La integración del espacio sudamericano: ¿La Unasur y el Mercosur pueden complementarse?”, *Nueva Sociedad*. N°219.